

## Una mirada al Carrasquilla cotidiano

Fernando Aquiles Arango Navarro<sup>1</sup>

Tras el sesquicentenario de Tomás Carrasquilla Naranjo en enero pasado, que tuvo menos rimbombancia de la que merecería tan formidable escritor, y en el cual se recordaron sobre todo aspectos relacionados con su producción literaria, es el momento de mirar algunos aspectos del ser humano tras el famoso novelista.

Porque hay que dejar en claro de entrada que Carrasquilla fue un novelista en el cabal sentido del término. En su *Historia de la Lengua y la Literatura Castellana* (tomo XI, 1919), el filólogo español Julio Cejador y Frauca lo cataloga como “el primer novelista regional de América, el más vivo pintor de costumbres y el escritor más castizo y allegado al habla popular, no sólo de su tierra antioqueña, sino, y por lo mismo, de cualquier región americana”.

Pero, ¿quién fue este autor que se preocupó por describir al hombre rural de su tiempo, con sus hábitos y decires, e incluso con su gastronomía?

Ya se sabe que Carrasquilla nació en Santo Domingo en 1858, hijo del ingeniero Raúl y de la ama de casa Ecilda, y que se vino para Medellín donde se graduó de bachiller en la Universidad de Antioquia. Y en esta misma institución empezó a estudiar Derecho en 1876. Vale citar que no fue catalogado como buen estudiante y él mismo se calificó de “vago y perezo”.

En esos años, Antioquia era uno de los estados federales más conflictivos, según el docente e investigador colombiano Carlos Sánchez Lozano, con la tasa de natalidad más alta y la de anal-

fabetismo más baja, en Colombia. Cuando estaba estudiando Derecho se inició una de las tantas guerras civiles en el país entre liberales y conservadores, pero Carrasquilla no quiso sumarse a las tropas de ningún bando y justificando su desinterés bélico con la frase: “en estas cosas yo prefiero que otros peleen por mí”, se devolvió para su pueblo.

Seguramente algunos lo habrán tildado de cobarde, pero nuestro autor no era “hombre de armas tomar” y prefirió asir la aguja en vez de empuñar el fusil: se dedicó a la sastrería allá en Santo Domingo.

Una de las características de Carrasquilla es justamente que aunque durante su vida Colombia padeció varios conflictos, incluso la cruel Guerra de los Mil Días, no fue escritor de violencias, al contrario, sus personajes son, en medio de su rusticismo y sus tragedias, mostrados con un cierto humor.

Duró poco de sastrero y llegó a funcionario municipal, primero como secretario y más tarde como juez, hasta 1890 cuando volvió a mirar hacia Medellín, donde empezó a escribir por insinuación, y reto, de Carlos E. Restrepo, quien luego llegaría a la presidencia de Colombia.

Su vida, que en lo económico no fue de angustias porque su familia tuvo negocios de minas, transcurrió luego en la burocracia, nacional o local, lo que le permitió vivir sin afanes. Como tenía un espíritu festivo y plácido, cultivó con entusiasmo la bohemia, pues Carrasquilla nunca negó su gusto por el licor y el tabaco. Por las

<sup>1</sup> Editorialista invitado. Comunicador Social de la Universidad Pontificia Bolivariana. Magister en Educación de la Pontificia Universidad Javeriana. Coordinador del Semillero de Investigación SICA de la Corporación Universitaria Lasallista. Vinculado a la Corporación CORPOLUCES para la Investigación y el Desarrollo. Profesor de docente de la Corporación Universitaria Lasallista.

Correspondencia: Fernando Aquiles Arango Navarro. e-mail: fearango@lasallista.edu.co

Fecha de recibo: 25/01/2008; fecha de aprobación: 05/02/2008

mujeres no tanto, porque fue conocida su face-  
ta de homosexual.

Incluso el profesor y periodista Juan José Ho-  
yos, en el prólogo a *El crimen de Aguacatal*,  
cuando habla de los rasgos de la personalidad  
de su autor, Francisco de Paula Muñoz, cuenta  
que este gruñón y gran reportero del siglo XIX  
se enfrentó a las “figuras sacrosantas de la poe-  
sía y de la prosa de la época: Gregorio Gutiérrez  
González y Tomás Carrasquilla”. A éste último –  
dice Hoyos en su prólogo- “Muñoz le dijo “hasta  
misa” a don Carrasco y llegó hasta el extremo  
casi vil de enrostrarle públicamente su homose-  
xualidad, llamándolo, palabras más, palabras  
menos, ‘viejo marica’.”

Aparte de lo anterior, y de lo buen escritor, vago,  
perezoso y burócrata, hay que sumarle el amor  
por las tertulias. Tras venir en 1919 de Bogotá,  
adonde se había ido en 1914 a saborear las  
mieles burocráticas –como decían en ese tiem-  
po- Carrasquilla cultivó con mayor intensidad la  
bohemia, sobre todo mediante las tertulias en  
algunos sitios del centro de Medellín, donde se  
dedicaba a tomar aguardiente, comer empana-  
das y hablar de lo divino y lo humano, rodeado  
de la admiración de un grupo de contertulios que

prácticamente se peleaban el honor de ser sus  
compañeros de mesa.

Los últimos años de Carrasquilla estuvieron  
marcados por la ceguera que comenzó a pade-  
cer en la década de los 20, de la fue operado en  
1934 para restituirle parcialmente la visión; y por  
problemas en las extremidades inferiores.

Sus últimos años fueron alegrados por el Pre-  
mio Nacional de Literatura y Ciencias en 1936,  
cuando frisaba los 78 años; y cuatro años des-  
pués, en diciembre de 1940, murió de una gan-  
grena en Medellín.

Carrasquilla dejó un legado representado en  
nueve novelas y dieciséis cuentos, en los cua-  
les habló del hombre antioqueño de su época,  
al que situó en el entorno regional –sólo dos  
cuentos tienen escenarios bogotanos-, y del cual  
contó todo aquello que pudiera ayudar a enten-  
derlo en contexto, incluso de la gastronomía, y  
dar cuenta de su cosmogonía y sus constructos.

Su mérito es haber pintado con palabras al  
antioqueño de cierta época histórica y habernos  
ayudado a entenderlo y a apreciarlo. Por eso lo  
recordamos.